

HARLEQUIN

Bianca™

3
NOVELAS
Inolvidables



Susanne James
SIN AMOR

Christina Hollis
EL HOMBRE DE LA TOSCANA

Robyn Donald
SEDUCIDA POR UN PRÍNCIPE

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2022 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
N.º 428 - mayo 2022

© 2009 Susanne James
Sin amor
Título original: The British Billionaire's Innocent Bride

© 2009 Christina Hollis
El hombre de la Toscana
Título original: The Tuscan Tycoon's Pregnant Housekeeper

© 2008 Robyn Donald Kingston
Seducida por un príncipe
Título original: Innocent Mistress, Royal Wife
Publicadas originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Estos títulos fueron publicados originalmente en español en 2010

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1105-735-6

Índice

Créditos

Sin amor

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

El hombre de la Toscana

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Seducida por un príncipe

Capítulo 1

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

_____Bianca™_____

SIN AMOR
Susanne James



Capítulo 1

UNA bonita mañana del mes de julio, Lily bajó de un taxi en el aeropuerto de Heathrow y, después de pagar al taxista, tiró de su maleta hacia la entrada de la terminal.

Sus emociones eran una extraña mezcla de angustia y alivio porque su contrato con la familia de Bella y Rosie había terminado por fin. Sólo había sido niñera de las gemelas durante un año... tiempo más que suficiente para darse cuenta de que había cometido un error.

Cuidar niños no era lo suyo aunque, al final, había empezado a establecer una relación más o menos agradable con las mimadas gemelas. Habían empezado a caerle bien e incluso sentía pena por ellas porque su madre, una mujer divorciada, apenas tenía tiempo para ellas. Pero no era eso lo que quería hacer con su vida. Y ella era lo bastante honesta como para admitir que su pasado era seguramente responsable de que se sintiera tan inadecuada cuando estaba con niños.

Afortunadamente, había ahorrado suficiente dinero como para estar sin empleo durante un tiempo mientras pensaba en su situación. No sería un problema para ella pagar la hipoteca de su diminuto apartamento en Berkshire y, con su diploma de Cocina, podría encontrar trabajo en cualquiera de los hoteles o restaurantes de Londres.

Pero se sentía inquieta. Quería un cambio de vida, pero no sabía qué hacer, de modo que decidió pasar unos días en

Roma visitando a su hermano Sam, que poseía allí un pequeño hotel.

Y se quedó encantada cuando en el mostrador de facturación cambiaron su asiento en clase turista por otro de primera clase porque había *overbooking*. Un golpe de suerte, desde luego.

Lily miró su billete. Había pedido un asiento de ventanilla no porque disfrutase del despegue y el aterrizaje, sino porque así había más posibilidades de no ser molestada por alguien que quisiera contarle la historia de su vida durante el viaje.

Mientras esperaba para subir al avión, notó que casi todos los demás pasajeros iban vestidos de manera informal, con camisetas y pantalones vaqueros. Pero, por alguna razón, ella había elegido su mejor traje, de color gris, con una camisa blanca y zapatos de tacón negro. Quizá por eso la habían puesto en primera clase, pensó.

Por fin subieron a bordo y Lily buscó su asiento. Pero, unos segundos después, notó un movimiento a su lado y, al levantar la cabeza, se encontró con el hombre más atractivo que había visto en sus veintiséis años de vida.

El hombre colocó su maleta en el compartimento y se sentó a su lado.

-Buenos días.

-Buenos días -dijo Lily, intentando disimular su nerviosismo.

Aunque no debería estar nerviosa, aquél no parecía la clase de hombre que buscaría entablar conversación. Su perfil de rasgos fuertes y su poderosa personalidad resultaban evidentes a primera vista. Llevaba un traje oscuro, camisa blanca y corbata azul, el pelo negro cortado de forma imaculada. ¿Por qué no podía haber sido un señor grueso de mediana edad en lugar de aquel hombre tan sexy?, se preguntó, al comprobar que las mujeres de alrededor lo miraban descaradamente.

Él movió las piernas, intentando ponerse cómodo, y luego se volvió para mirarla, fijándose en su rostro ovalado, en el elegante traje de chaqueta, en el pelo rubio sujeto en un elegante moño... Era una chica muy guapa, pensó.

Luego miro por la ventanilla, sintiéndose momentáneamente turbado. Y, después de unos segundos, supo por qué. Era la primera vez que se fijaba en una mujer desde la muerte de Elspeth.

Había pasado más de un año, tiempo suficiente para haberse acostumbrado a la idea, pero pensar en su mujer lo hizo pensar en sus tres hijos, dos niños y Freya que, a los nueve años, se parecía tanto a Elspeth con su pelo castaño y sus ojos pardos...

Theo frunció el ceño al pensar en su hija, la más difícil de los tres. Con ella no tenía la camaradería que tenía con los niños. Y por eso había aceptado a regañadientes la petición de Freya de quedarse interna en el colegio durante la semana para estar con sus amigas. Theo estaba decidido a mantener a la familia unida costase lo que costase, pero al final tuvo que aceptar. Y debía admitir que, sin tener que lidiar a diario con el temperamento ocasionalmente difícil de su hija, la vida era más fácil. Y los fines de semana, cuando la familia estaba al completo, solían transcurrir sin discusiones.

Afortunadamente, poco después todos los pasajeros estuvieron sentados y el avión dispuesto a despegar. Y Lily, nerviosa, se agarró a los brazos del asiento.

-¿La pone nerviosa el despegue?

Ella lo miró, sorprendida. Aunque debía admitir que su inesperado interés había hecho que se tranquilizase un poco.

-No, qué va -mintió-. Estoy bien.

Su compañero de asiento levantó una ceja, pero no dijo nada más y, unos minutos después, estaban en el aire. Los pasajeros empezaron a desabrocharse los cinturones de seguridad y su compañero se inclinó para tomar el maletín

que había dejado en el suelo. Estupendo. Iba a ponerse a trabajar, pensó. Así no tendrían que entablar conversación. El desconocido sacó una carpeta y volvió a cerrar el maletín, pero Lily había podido ver el nombre...

Theodore Montague.

Sí, era un nombre que le iba perfectamente. ¿Cómo podía llamarse de otra manera? ¿Se atrevería alguien a llamarlo Theo o Ted? Lo dudaba.

Lily abrió una revista que había comprado en el aeropuerto y empezó a hojearla. No podía entender cómo alguien podía concentrarse en una novela y mucho menos en el trabajo, como el hombre que estaba a su lado, durante un viaje en avión.

La azafata se acercó entonces y, aparentemente cautivada por Theodore Montague, le preguntó si quería tomar un café. Y él, muy educado, se volvió hacia Lily.

-¿Qué quiere usted tomar?

-¿Yo? Pues... un café solo, por favor. Sin azúcar.

-Dos cafés solos.

Mientras lo tomaban, Theodore Montague volvió a mirarla.

-¿Tampoco le gusta a usted la comida de los aviones?

-No mucho, la verdad. Además, no tengo apetito.

-A mí me pasa lo mismo. Pero en los vuelos cortos no es necesario comer nada.

De modo que estaban entablando conversación. Y, por una vez, Lily no se sentía incómoda. No sabía por qué, pero la serena actitud del hombre la desarmaba.

-Seguro que ninguno de los dos está de vacaciones - siguió él-. Somos los únicos pasajeros que no llevan camiseta y pantalones vaqueros.

-Yo voy a visitar a mi hermano, que tiene un hotelito en Roma -dijo Lily-. Además, tengo cosas en que pensar.

¿Por qué había dicho eso?, se preguntó luego, enfadada. Era la clase de comentario que invitaba a hacer preguntas. Pero él no le preguntó nada. La miró en silencio durante

unos segundos, y Lily tuvo la absurda sospecha de que podía leer sus pensamientos. Lo cual era una tontería, por supuesto.

-¿Y usted... no va a Roma de vacaciones?

-No, tengo que asistir a un seminario. El año pasado conseguí quedarme en casa, pero este año no he podido librarme -Theodore Montague sonrió-. Aun así, supongo que sobreviviré. Roma es un sitio estupendo para pasar unos días, sea por la razón que sea.

-¿Sobre qué es el seminario? -preguntó Lily, pensando que sería sobre Economía, Marketing o Relaciones Públicas.

-Sobre niños -contestó él-. Doy charlas sobre pediatría.

-¿Es usted pediatra?

-Sí, claro. Y me gusta dar conferencias, pero eso significa que no paso el tiempo suficiente en la consulta. En fin, no se puede tener todo y, por el momento, se me necesita más en el circuito de seminarios -el hombre hizo una pausa-. Pero imagino que eso cambiará con el tiempo. La vida da muchas sorpresas.

¿Quién hubiera podido imaginar que un virus desconocido se llevaría a su mujer de manera tan inesperada? Eso le había enseñado a no hacer demasiados planes y a no dar nada por sentado.

Lily notó su cambio de humor y, no sabía bien por qué, empezó a contarle cosas sobre sí misma:

-Yo espero cambiar mi vida a partir de ahora, pero la verdad es que no sé cómo. Hice un curso de cocina cuando terminé los estudios, pero me he cansado de cocinar para otras personas.

-¿Trabajaba como cocinera en una casa?

-No, trabajé en varios hoteles de Londres. Y luego, el año pasado, se me ocurrió probar a hacer de niñera, pero no fue buena idea. Creo que tuve mala suerte con la familia que me contrató... eran dos niñas muy mimadas, muy difíciles -Lily dejó escapar un suspiro-. Bueno, en realidad

eran horribles, pero yo también. No sabía cómo lidiar con las cosas que pasaban a diario en la casa. Al final empecé a llevarme bien con ellas, pero me he dado cuenta de que cuidar niños no es lo mío. En fin, vivir para aprender. Me habría encantado llevarme bien con Bella y Rosie... y lo intenté. Pero creo que ellas no tenían la menor intención de quererme.

-Todas las experiencias nos enseñan algo, supongo - Theodore Montague abrió la carpeta que tenía sobre las rodillas-. Espero que encuentre lo que está buscando.

-¡Cuánto me alegro de volver a verte, Lily!

Lily sonrió, mirando a su hermano. Estaban sentados en Agata y Romeo, un restaurante cerca de la estación central, y acababan de tomar una deliciosa pasta con brécol, uno de los muchos y deliciosos platos del menú.

-Yo también me alegro de verte.

-¿Quién era el hombre que bajó del avión contigo? -le preguntó su hermano-. Parecía muy atento mientras te ayudaba con las maletas.

Lily apartó la mirada, intentando controlar el rubor que empezaba a asomar a sus mejillas.

-El hombre que iba sentado a mi lado durante el viaje.

-¿En serio? Me pareció notar... no sé, cierta familiaridad entre vosotros.

-No seas bobo, no lo había visto en toda mi vida. Sólo era alguien interesante con el que hablar durante el viaje.

Sam no dijo nada más porque conocía lo suficiente a su hermana como para saber que, cuando decidía dejar un tema, el tema estaba cerrado.

Pero si era sincera consigo misma, Lily debía admitir que el vuelo se le había hecho muy corto gracias a él. Theodore y ella habían entablado conversación y, además de otras cosas, le había contado que tenía tres hijos. Aunque también había pasado algún tiempo absorto en sus papeles

y ella no quiso interrumpirlo. Pero había sido una sorpresa cuando el piloto anunció por los altavoces que estaban a punto de aterrizar.

-¿Quieres tomar algo más, Lily? ¿Un capuchino? Toma lo que quieras, estoy decidido a mimarte -sonrió su hermano-. De verdad, tenemos que vernos más, dos veces al año no es nada y ahora que nos hemos encontrado no debemos perder el tiempo. Prométeme que nos veremos más a menudo -añadió, apretando su mano.

Lily lo miró, sus ojos llenos de lágrimas.

-Tienes razón, Sam, tenemos que encontrar más tiempo para estar juntos. El trabajo no puede ser siempre lo primero... y hablando de trabajo, ¿qué tal va el hotel?

-Estupendamente.

-Tienes muy buen aspecto -comentó Lily, observando los elegantes pantalones y la preciosa camisa de seda italiana-. No creo que trabajes demasiado.

-¿Cómo que no? Federico y yo trabajamos tantas horas que no tenemos tiempo de salir a conocer chicas... o buscar hermanas perdidas.

Sentada allí con el hermano al que había perdido de niña, con su pelo castaño que el sol de Italia había vuelto casi rubio, Lily sintió el deseo de levantarse de la mesa y dar saltos de alegría. Tenía que ser el vino, por supuesto. ¿O sería Roma, con su maravilloso sol, sus mágicas fuentes, su gente encantadora y el aroma a jazmín por la calles? ¿O era porque al fin tenía una familia?

-¿Te das cuenta de que hace dos años ninguno de los dos sabía que tenía una familia? -sonrió Sam-. Todo ese tiempo perdido cuando podríamos haber estado juntos...

Claro que se daba cuenta. Había sido por su interés de saber algo de su pasado, con la ayuda del Ejército de Salvación, por lo que había encontrado a su hermano. Su madre, fallecida ahora, los había tenido antes de cumplir los diecisiete años.

Lily era lo bastante honesta como para aceptar que no haberse encontrado antes había sido seguramente culpa suya. O, más bien, de su infancia porque había sido una niña rebelde y difícil que iba de una casa de acogida a otra y se había escapado dos veces. Con tanto movimiento, los Servicios Sociales habían perdido sus datos y, cuando cumplió los dieciséis años y empezó a tomar clases de cocina, todo el mundo se alegró de librarse de ella.

Pero Lily tenía un gran instinto de supervivencia y había trabajado mucho hasta que, por fin, pudo comprarse un diminuto apartamento, lo primero que podía llamar suyo, donde nadie podía decirle lo que tenía que hacer. Al fin era la dueña de su propia vida y así iba a ser a partir de entonces.

Para Sam, aparentemente, todo había sido de otra forma. Le había contado que siempre fue un niño feliz que se llevaba muy bien con su familia de acogida. Tampoco él sabía que tuviera una familia de verdad, pero cuando Lily y él se vieron por primera vez el lazo de sangre hizo que cayeran uno en brazos del otro sin pensarlo siquiera.

-Sólo tomaré un café -dijo Lily ahora-. No creo que pueda comer nada más durante el resto del día.

-Luego tendrás que cenar. Aquí nadie cena hasta las nueve o las diez, así que tendrás tiempo de recuperar el apetito.

Después de comer salieron del restaurante, buscando la sombra de los edificios para pasear por las calles de Roma.

-Creo que voy a echarme una siesta.

-Buena idea. Yo tengo trabajo que hacer con Federico y tú podrás descansar un rato.

El pequeño hotel, de sólo cuatro habitaciones, estaba situado en una calle estrecha al lado de la Piazza Navona y su hermano la había alojado en una habitación preciosa. Lily se dejó caer sobre la cama, suspirando de alegría.

Se había quitado el traje de chaqueta en cuanto llegó a Roma, pero empezaba a preguntarse si la poca ropa que

había llevado sería suficiente para una estancia de tres días. En fin, daba igual. Si se quedaba sin ropa siempre podía comprar algo en Roma.

Ella nunca había sido extravagante con sus gastos, porque nunca había tenido dinero, pero estaba de vacaciones y estaba en Roma. No había fronteras, nada que la impidiera sentirse libre y feliz.

Para su asombro, al despertar se dio cuenta de que había dormido tres horas. Pero no había ido a Roma a dormir, pensó. Había ido allí a pasarlo bien, a pasear por la ciudad y, por supuesto, a estar con su hermano.

Saltando de la cama, Lily fue al cuarto de baño a darse una ducha. Aunque en el hotel había aire acondicionado, en la calle hacía mucho calor, de modo que se puso un vestido de seda color crema. Daba igual que estuviera un poco arrugado, aunque lo había colgado en el armario nada más llegar, porque nadie iba a darse cuenta. Y nadie iba a criticarla, estaba segura.

Después de vestirse se cepilló el pelo y se puso crema hidratante en la cara, pero nada de maquillaje. Sabía que era afortunada por tener una bonita complexión bronceada que evitaba que se quemase o le salieran pecas. Tras añadir un toque de colorete y brillo de labios, Lily se miró al espejo por última vez y salió alegremente de la habitación.

Su hermano no estaba abajo, pero sí Federico, que enseguida se acercó para saludarla.

-Ah, Lily -murmuró, con su fuerte acento italiano-. Qué placer tenerte aquí otra vez. Eres tan preciosa... y estás más guapa que nunca.

-Gracias, Federico -sonrió ella, sabiendo que no podía tomárselo en serio porque el socio de su hermano le decía lo mismo a todas las mujeres. Pero no se sentía incómoda con él, al contrario. Federico era el típico hombre italiano

que apreciaba la belleza femenina y, por lo tanto, la hacía sentir guapa. Y como era tan franco, resultaba absolutamente inofensivo.

-Sam no se encuentra bien.

-¿Qué le pasa?

-Se ha ido a la cama porque le dolía la cabeza, pero me ha dicho que en cuanto se le pasara estaría contigo.

-Ah, pobrecito -suspiró Lily, que sabía que su hermano sufría de migrañas, como le pasaba a ella misma-. Pero dile que no se preocupe, voy a salir a dar un paseo.

Lily sabía que la gente empezaba a salir a pasear a esa hora. Sólo había estado en Roma dos veces, pero le resultaba sorprendentemente familiar. Después de pararse frente al escaparate de alguna fabulosa tienda de ropa y observar a varios artistas trabajando, Lily compró un delicioso helado de vainilla que se deshacía en su boca. Desde luego, los italianos sabían cómo hacer helados.

Poco después llegó a la Fontana di Trevi y se sentó en un banco para admirar la preciosa cascada de agua. El último sol de la tarde iluminaba el espectáculo como si fuera un decorado de cine...

De repente, un golpecito en el hombro hizo que se diera la vuelta.

-Hola otra vez. ¿Qué hace aquí sola?

Theodore Montague estaba a su lado, mirándola, y a Lily se le hizo un nudo en la garganta

-Hola, qué sorpresa -consiguió decir.

Claro que no debería serlo porque la Fontana di Trevi era un sitio visitado por todos los turistas que iban a Roma.

Theodore llevaba un pantalón blanco, una camisa oscura y sandalias de cuero. Y estaba guapísimo. El corazón de Lily empezó a latir con más velocidad de la habitual. Pero no era ansiedad lo que sentía, sino otra emoción... algo que no había sentido nunca.

Theodore se sentó a su lado en el banco.

-Es un sitio mágico, ¿verdad? ¿Por qué mirar el agua es siempre tan interesante?

-Yo creo que todo en Roma es maravilloso.

-Y hace una noche perfecta. Aunque el mes que viene seguramente hará mucho calor -Theodore hizo una pausa-. A lo mejor podría venirse a vivir aquí. ¿No estaba buscando un cambio en su vida? Me dijo que su hermano vivía en Roma...

-No, no tengo planes de mudarme aquí -dijo ella-. A lo mejor algún día cambio de opinión, pero aún no. Creo que mi destino, sea el que esa, está en Inglaterra. Aunque eso no suena muy ambicioso, ¿verdad?

Theodore vaciló durante un segundo antes de volverse hacia ella para ofrecerle su mano.

-Mira, esto es una bobada. ¿Por qué no nos presentamos de una vez? Me llamo Theo Montague y ya sabes por qué estoy aquí.

-Yo soy Lily Patterson -sonrió ella, estrechando su mano-. Y tú también sabes por qué estoy aquí.

-Así está mejor. Bueno, cuéntame algo más sobre ti, Lily. Has mencionado la ambición. ¿Eres ambiciosa?

-Creo que sí -contestó ella, pensativa-. Pero como te he dicho antes, la verdad es que aún no sé qué quiero hacer. ¿Quiero seguir cocinando? ¿A lo mejor buscar empleo con una familia rica que tenga una bonita casa en el campo para poder sentarme en el jardín por las tardes y pintar...?

-¿Te gusta pintar?

-Sí, aunque no soy muy buena. Pero estoy practicando. Y me encantaría aprender a tocar el piano. Estudié un poco cuando era niña, pero luego... en fin, tuve que dejarlo.

Dejó las clases de piano porque se escapó de la casa en la que estaba viviendo.

-Imagino que le pasa a la mayoría de los niños. Empiezan cosas y luego no quieren seguir con ellas -suspiró Theo. Estaba pensando en Freya, que parecía haber perdido interés por todo desde que su madre murió.

Hubo un largo silencio después de eso, pero Lily no se había sentido tan cómoda o tan relajada en mucho tiempo. Notaba el calor de las largas piernas de Theo a su lado, estiradas frente a él, los fuertes y masculinos muslos marcados bajo el algodón de los pantalones y los dedos fuertes y morenos que asomaban por las sandalias...

Pero esos pensamientos no eran parte del plan. Ella no era así...

Y, de repente, quería volver al hotel para ver cómo se encontraba su hermano.

-Debería marcharme -empezó a decir, nerviosa-. Mi hermano iba a llevarme a cenar después de la siesta, pero no se encontraba bien...

Nada más decirlo se arrepintió. ¡Parecía como si estuviera animándolo a invitarla a cenar! Pero Theo se limitó a sonreír.

-¿Por qué no dejas que yo te invite a cenar entonces? No deberías pasar tu primera noche en Roma sola.

-No, no, hace falta...

-¿Por qué no llamas a tu hermano para ver cómo está? Si se encuentra lo bastante bien como para salir a cenar contigo, estupendo. Si no, yo estaré encantado de invitarte a tomar algo. Además, a mí no me gusta nada cenar solo.

Podría parecer sólo una manera de intentar ligar con ella, pero Lily sabía que no era así. Aunque no podría decir por qué lo sabía.

De modo que sacó el móvil del bolso y llamó al hotel, pero Federico le dijo que su hermano seguía en la cama y que seguramente no se levantaría hasta por la mañana.

-Me temo que Sam no se encuentra bien -le dijo a Theo después de colgar-. ¿Pero de verdad no prefieres cenar con alguno de tus colegas? Eso sería más interesante para ti que cenar conmigo.

-¡Desde luego que no! Ya tenemos bastante los unos con los otros durante el día. Por las noches podemos hacer lo que nos apetece, gracias a Dios -rió Theo-. Bueno, deja que

te enseñe algunos de los restaurantes que conozco y así podrás elegir el que más te guste.

Sus dientes eran tan blancos que resultaban casi cegadores y el rostro que, en una primera impresión, le había parecido serio y hasta formidable, ahora mostraba una sonrisa encantadora, madura, serena. Theodore Montague era el tipo de hombre que algún día pintaría montado sobre un brioso corcel blanco, a punto de rescatar a una damisela en apuros.

Lily sacudió la cabeza, incrédula. Roma era un sitio tan lleno de magia que estaba haciéndole perder la cabeza. O eso, o había tomado demasiado el sol...

Capítulo 2

THEODORE y Lily caminaban por la acera dejando mucho espacio entre ellos. Iban rodeados de familias, grupos de turistas y parejas que se detenían de vez en cuando para besarse sin que pareciera importarles nada ser observados por todo el mundo.

Al principio, Lily se sintió un poco avergonzada cuando tuvieron que apartarse de una pareja que se besaba en medio de la acera. No le habría importado si fuera sola, pero la presencia de Theodore Montague parecía darle una nueva dimensión a todo lo que la rodeaba.

A él, sin embargo, parecía no importarles lo que había a su alrededor.

-Imagino que tu hermano ya te habrá enseñado todos los sitios turísticos de Roma.

-Sí, algunos. Pero hay tantos que aún no he visto... y muchos que me gustaría visitar otra vez -sonrió Lily, deteniéndose para dejar que un niño pasara corriendo entre ellos-. Sam nunca tiene demasiado tiempo libre porque trabaja mucho... su amigo Federico y él tienen un pequeño hotel cerca de la Piazza Navona. Pero la verdad es que no me importa, estoy acostumbrada a pasear sola. Y es maravilloso estar de vuelta en Roma. Me encanta venir aquí para estar con mi hermano.

¿Podrían algún día contarse todo lo que habían hecho durante los años que estuvieron separados? ¿Sería una vida

suficiente?

-Es un poco más tarde de lo que yo pensaba -dijo Theo entonces, mirando el reloj- y tengo hambre. ¿Te importa si elijo yo el restaurante? Prometo que te gustará.

-Sí, claro. El que tú elijas me parecerá bien.

-Vamos a uno que tiene una vista excelente de la ciudad, así que tendremos dos cosas por el precio de una: una cena estupenda y una panorámica de Roma.

Tenía razón, pensó Lily unos minutos después, mirando el Coliseo desde una terraza. Y se preguntó si estaba soñando. Aquello parecía un cuento de hadas. Estar allí, en la «ciudad eterna», en una noche tan cálida que ni siquiera le hacía falta un chal o un jersey sobre los hombros, tomando una cena deliciosa con un hombre tan guapo como Theodore Montague...

Aunque su aspecto no tenía la menor importancia para ella, resultaba imposible ignorar las miradas que lanzaban sobre Theo las demás mujeres. Después de todo, era el hombre al que los pintores y escultores habían retratado siempre. Podría haber sido el modelo del Apolo, pensó, sonriendo para sí misma.

Mientras Theo pedía el pez espada, ella eligió ternera asada a la salvia y, durante unos minutos, se limitaron a comer sin decir nada.

-¿No sueles beber vino? -le preguntó Theo, mientras llenaba su vaso de agua.

-No, no suelo beber -contestó Lily.

No solía beber con hombres a los que no conocía y a él no lo conocía. Era diferente cuando estaba con Sam, el único hombre con el que podía sentirse relajada del todo... y tuvo que esperar algún tiempo para eso.

Theo había estado observándola discretamente mientras cenaban y decidió que le gustaba mucho su compañera de mesa. El vestido de color crema sin mangas mostraba unos hombros bronceados y su pelo rubio brillaba, largo y sano.

Mientras cenaba, con la cabeza ligeramente inclinada, se fijó en sus largas y oscuras pestañas.

Theo tomó un sorbo de vino, buscando un adjetivo que la definiera, pero no podía encontrar uno en concreto. Parecía una persona más bien tímida, pero había en ella una gran fuerza de carácter. ¿Sería una persona de confianza? Daba esa impresión. ¿Leal? Por las cosas que le había contado de su hermano, parecía sentir por él un cariño casi infantil y eso le gustaba.

Theo se aclaró la garganta.

-Bueno, hablemos de tus planes de futuro. A pesar de lo que has dicho antes, seguro que estás dándole vueltas a algunas ideas.

-No, la verdad es que no -contestó ella sinceramente-. Estoy esperando que me venga una inspiración. No puedo esperar para siempre, claro. Con lo que he ahorrado podré mantenerme durante un mes o dos, pero no mucho más.

Lily se quedó callada entonces. Aquel hombre era un extraño. Una persona muy agradable, pero un extraño al fin y al cabo.

«Ten cuidado», pensó. «No le cuentes demasiadas cosas sobre tu vida».

-Háblame de tus hijos. Dijiste que tenías tres, ¿no?

-Sí. Tom tiene tres años, Alexander cinco y Freya, la única niña, nueve.

-Pues tu mujer debe de estar ocupadísima.

-Mi mujer, Elspeth, murió hace catorce meses -dijo él entonces-. De repente la atacó un virus desconocido contra el que no se pudo hacer nada y murió en tres días -su expresión era impasible, pero Lily podía ver el dolor en sus ojos oscuros.

Qué horror, pensó, qué tragedia para una familia.

-Lo siento mucho.

-La vida es así de terrible a veces -Theo se encogió de hombros-. Tom y Alex son muy pequeños aún para darse cuenta, pero Freya... la pobre se lo ha tomado muy mal.

Nunca tuve el menor problema con ella cuando Elspeth vivía. Era una niña alegre, de trato fácil, pero ahora parece estar furiosa con el mundo entero, sobre todo conmigo.

-Debe de ser muy difícil para ti.

-Sí, lo es. Y por eso, cuando me pidió quedarse interna en el colegio durante la semana para estar con sus amigas le dije que sí. Ahora sólo vuelve a casa los fines de semana y nos llevamos mejor. Sé que echa de menos a su madre, pero yo no puedo ocupar su lugar. En fin... no sé si entiendo a las mujeres -dijo Theo, pensativo.

-¿Y los abuelos de los niños?

-Mis padres han muerto. Me tuvieron cuando ya eran muy mayores... los dos eran médicos y la verdad es que no los veía a menudo cuando era pequeño.

De modo, pensó Lily, que él sí había conocido a sus padres pero, como ella, había tenido una infancia solitaria.

-¿Y los padres de Elspeth?

-Su padre está vivo, pero vive en Sudáfrica y apenas lo vemos.

-¿Entonces tú cuidas solo de los niños? ¿Y qué haces cuando estás trabajando?

-Afortunadamente para mí y para los niños, tenemos a Bea y a su marido, que viven al lado de casa. Bea solía ayudar a mi mujer, pero ahora tiene setenta años y no quiero aprovecharme de ella -Theo hizo una mueca-. Aunque ahora mismo está cuidando de ellos porque no encuentro una niñera que me guste. O que le guste a los niños.

-Seguro que está encantada -sonrió Lily.

-Joe y ella se quedan en casa cuando yo tengo que irme de viaje y mis hijos se llevan muy bien con ellos pero, como he dicho, no quiero aprovecharme -Theo se echó hacia atrás en la silla-. Elspeth y yo queríamos tener más hijos, pero... en fin, el destino tenía otras ideas.

-Quizá los tengas más adelante.

-No, eso no va a pasar -dijo él-. No pienso volver a casarme nunca. Lo único que me preocupa son mis hijos, su futuro.

¿Quién podría ocupar el lugar de su querida Elspeth?
¿Quién querría hacerlo?

Lily asintió con la cabeza. Seguía siendo un hombre joven y tremendamente atractivo, de modo que no le sería difícil encontrar esposa. Pero era evidente que había tomado una decisión y, no sabía por qué, intuyó que no era de los que cambiaban de opinión a menudo.

Pensando que había contado más sobre sí mismo de lo que debería, Theo se inclinó hacia delante.

-¿Y tú? ¿Tienes más hermanos?

-No, sólo Sam. Aunque me hubiera encantado tener más.

-Seguro que algún día tendrás tu propia familia y...

-No, yo no quiero tener hijos -lo interrumpió Lily-. Si me hubieras visto con esas gemelas... me temo que no estoy hecha para ser madre.

«Y tampoco estoy hecha para ser la esposa de nadie», pensó, recordando su pasado.

-¿Y tus padres... viven?

Lily carraspeó. No le gustaba hablar de ese tema, pero él había sido sorprendentemente sincero sobre su vida, de modo que no sería justo mostrarse evasiva.

-Nuestros padres murieron -dijo por fin. Bueno, a saber quién era su padre-. Así que ya ves, los dos somos huérfanos. Yo ni siquiera recuerdo a mis padres.

-¿Quién os crió?

-Pues... unos parientes -respondió Lily, apartando la mirada. No había necesidad de contarle que había ido de casa en casa, desesperando a sus familias de acogida.

Theo la miró durante largo rato, en silencio. Era una chica inteligente, pero había algo en ella que le recordaba a su hija. También Lily estaba triste, pensó. No sólo por ser huérfana, sino por alguna otra razón, más profunda.

Después de cenar salieron a dar un paseo. Aunque era tarde, había mucha actividad por las calles de Roma y Lily se dio cuenta de que no estaba cansada en absoluto, al contrario. Se sentía feliz. Y no podía decir que era debido al vino porque no había bebido ni una gota. Tenía que ser Roma, pensó. Aunque parte del crédito era para el hombre que iba a su lado.

Theo era muy agradable. Más que eso; ningún otro hombre la había hecho sentir nunca tan protegida, tan apreciada. Parecía disfrutar estando con ella sin querer nada más. Y era un alivio sentirse segura.

-Creo que es hora de que volvamos al hotel. Si tu hermano se ha recuperado, supongo que estará preguntándose dónde te has metido.

-No estará preocupado -sonrió Lily-. Él sabe que soy capaz de cuidar de mí misma. Llevo tanto tiempo teniendo que hacerlo que... en fin, así es como me gusta de todas formas.

-Sí, lo entiendo -asintió Theo, pensando que él estaba en la misma situación. Desde que su esposa murió, prácticamente había tenido que apartar a empujones a algunas mujeres que querían «ayudarlo» a llevar la carga de sus tres hijos.

Pero él estaba decidido a que eso no ocurriera. Aquél era su problema y tenía que resolverlo por sí mismo. Y, por el momento, le iba más o menos bien. Aunque Freya era una constante fuente de preocupación, estaba seguro de que, con el tiempo, todo se solucionaría.

-El hotel de tu hermano está muy bien situado. ¿Has dicho que en la Piazza Navona? No podría estar en mejor sitio.

-Sí, es verdad. Está en uno de los mejores sitios de Roma, pero un poco apartado en una callecita estrecha, así que no se oye el ruido de la plaza. Aún no he perdido una sola noche de sueño.

No tardaron mucho en llegar, y Theo se dio cuenta, sorprendido, de que no quería despedirse de ella. Lo estaba pasando bien por primera vez en mucho tiempo. Desde que Elspeth murió, odiaba cenar solo cuando iba de viaje y había sido una suerte encontrarse con Lily en la Fontana di Trevi.

Por alguna razón se sentía más ligero de espíritu, más animado que en los últimos meses. Pero la razón estaba clara, aunque no lo hubiera estado hasta ese momento. Ahora tenía un proyecto y los proyectos eran lo que lo mantenía activo. El asunto era que le gustaba Lily, le gustaba su compañía y, de manera inconsciente, había ido trazando un plan mientras cenaban.

Cuando se acercaban a la puerta del hotel se detuvo y Lily se detuvo también, con cara de sorpresa.

-Bueno, gracias por la cena...

-No, gracias a ti por cenar conmigo esta noche -dijo Theo, buscando las palabras adecuadas-. Veras, Lily, he estado pensando mientras cenábamos...

Iba a pedirle que volvieran a verse mientras estaban en Roma, pensó Lily. Pero ella había ido allí para ver a su hermano y sólo le quedaban dos días. Tendría que encontrar una manera diplomática de rechazarlo...

-No, lo siento. Hace un año que no veo a mi hermano y...

-No, no, claro. Yo no quiero estropearlo el fin de semana. No es eso.

-¿Ah, no?

-No, verás... ¿podrías cuidar de mis hijos durante unas semanas?

-¿Qué?

-En el aeropuerto me fijé en el billete de facturación de tus maletas y comprobé que vivimos en la misma ciudad...

-Sí, pero...

-En este momento me encuentro sin niñera y no me apetece nada tener que entrevistar a más chicas que, normalmente, no son lo que dicen ser. Sólo sería durante

unas semanas, unos meses a lo sumo -insistió Theo-. Así tendría tiempo de encontrar a la persona adecuada mientras tú piensas qué quieres hacer con tu futuro. Los niños volverán al colegio el mes que viene, así que podrás hacer planes, enviar currículums, hacer llamadas y todo eso. Y te pagaré lo que me pidas -añadió, casi temiendo su reacción.

Lily lo miraba, atónita.

-¿De verdad crees que sería la persona indicada para ese trabajo? Ya te he dicho que no me llevo muy bien con los niños. Si estás buscando a Mary Poppins, te aseguro que no soy yo.

-Seguro que lo harías mejor que muchas de las chicas que he contratado hasta ahora -suspiró él-. Y no te estoy pidiendo que seas Mary Poppins, sólo que te ocupes de los niños hasta que la encuentre.

-¿A cuántas niñeras has contratado hasta ahora? -preguntó Lily, sin saber cómo iba a responder a su petición. Ni cómo *quería* responder.

-Tres en un año. Tuve que despedir a dos de ellas porque no tenían ni idea y la tercera se marchó porque decidió de repente irse a recorrer Europa con una mochila. A partir de entonces he tenido que recurrir a agencias de empleo temporal y ésa no es la solución ideal. Los pobres niños nunca saben a quién se van a encontrar cuando vuelvan del colegio.

Lily tragó saliva, sin saber qué decir. Había decidido que cuidar niños no era lo suyo, pero podría no ser tan mala idea cuidar de los hijos de Theo. Y, durante esas semanas, podría decidir qué quería hacer en el futuro.

-Si me dices que sí, tendrías que llevarlos al colegio todas las mañanas... aunque estarán de vacaciones durante las próximas cinco o seis semanas, y luego ir a buscarlos a las tres. Después habría que darles la merienda y esperar con ellos hasta que yo vuelva a casa, alrededor de las siete. No tendrías que encargarte de hacer las comidas porque de

eso se encarga Bea... ah, pero tendrías que estar en casa por si llamas del colegio. Aunque pueden llamarme a mí, yo no siempre puedo dejar mi puesto a menos que sea una emergencia -Theo se pasó una mano por el pelo-. Imagino que lo que estoy intentando hacer, lo que espera mi subconsciente, es encontrar a alguien que sustituya a mi esposa, lo cual no es nada razonable, ya lo sé.

La luz del hotel lanzaba extrañas sombras sobre su rostro, y Lily pensó que parecía cansado y un poco perdido. Y suspiró por dentro. A pesar de sus temores, algo la empujaba a aceptar la oferta. Por lo que había dicho, sus hijos no serían tan horrorosos como las gemelas. No se atreverían teniendo un padre como Theodore Montague.

-Deja que lo piense -le dijo por fin-. Necesito algo de tiempo para tomar decisiones importantes.

-Sí, claro por supuesto -asintió él, aunque tenía la impresión de que Lily iba a aceptar-. Mira, éste es el número de mi móvil -dijo luego, sacando una tarjeta de la cartera-. Llámame cuando hayas tomado una decisión.

Lily estudió la tarjeta.

-¿Y si interrumpo algo importante? Una de esas charlas...

-Si estoy dando una charla saltará el contestador, no te preocupes.

Por fin se despidieron y Lily se quedó mirándolo un momento mientras se alejaba calle abajo. Cuando entró en el hotel, Sam estaba frente al mostrador de recepción.

-¡Lily! -exclamó, saliendo para abrazarla-. Siento mucho lo de esta noche, pero te compensaré mañana, te lo prometo. ¿Dónde has estado?

-He ido a cenar y a dar un paseo -contestó ella, con una alegre sonrisa en los labios.

Porque se sentía alegre. Había pasado una noche estupenda y en muy buena compañía. Theo no había intentado tocarla ni una sola vez. No había tomado su mano, ni rozado su pierna «por casualidad» ni nada

parecido. No se habían tocado en toda la noche y eso era lo mejor. Por eso se sentía tan cómoda con él.

Mientras se preparaba para irse a la cama, miró de nuevo la tarjeta. Lo llamaría al día siguiente para decirle que sí. Después de todo, sería tonta si no aprovecharse la oportunidad de hacer tiempo ganando dinero mientras pensaba en su futuro.

Capítulo 3

UNA semana después, Lily, con pantalón vaquero y camiseta blanca, tomaba el autobús que la llevaría al otro lado de la ciudad, el lado más elegante, donde vivía Theodore Montague. Le daba vergüenza ir en su viejo coche porque el pobre estaba hecho un asco y prefería dejarlo frente a su apartamento.

Era sábado y Theo la había invitado a tomar el té con él y con los niños para que viese el sitio en el que iba a pasar los próximos tres meses de su vida.

Mirando por la ventanilla del autobús, Lily recordó lo agradecido que se había mostrado cuando le dijo que sí. Aunque le advirtió que sólo podría quedarse hasta finales de octubre.

-Para entonces imagino que ya habré encontrado a otra persona -dijo él-. Especialmente si tú me acompañas durante las entrevistas. Imagino que tú serás capaz de ver cosas que yo no he podido ver hasta ahora.

Lily no había dicho nada, aún sorprendida de que valorase tanto su opinión sin apenas conocerla. Pero la había hecho sentir bien, tanto como para estar deseando empezar a trabajar. Haría lo que pudiese para no fracasar... y quizá también para demostrarse a sí misma que no era tan mala con los niños como había creído.

Después de todo, sólo iba a ser durante doce semanas.